

EDUARDO YBARRA HIDALGO: PERFIL HUMANO Y CULTURAL DE UN HOMBRE DE BIEN

Por ROGELIO REYES CANO

Académico Numerario

Los Estatutos de esta Real Corporación marcan como una de las obligaciones académicas la celebración de estas sesiones en recuerdo y homenaje a nuestros compañeros ya idos. No es preciso, sin embargo, que les confiese a ustedes que para mí el acto de esta tarde dedicado a glosar la figura de nuestro Académico Preeminente Eduardo Ybarra Hidalgo no tiene nada de protocolario. Por el contrario, participo en él con un fuerte sentimiento de emoción y lo tengo como un gran honor que me da ocasión para decir de él cosas para mí muy sentidas y sobre todo muy vividas en el curso de los años que tuve el privilegio de tratarlo y de trabajar junto a él en esta misma Casa que hoy reaviva sus recuerdos. Estas sensaciones se acrecientan al ver aquí, ante su retrato, a muchos de los miembros de su extensa familia con los que comparto gozosamente afectos y amistades. También al compartir este homenaje con la Real Maestranza de Caballería de Sevilla, corporación a la que Eduardo pertenecía, y que tantas y tan cordiales relaciones tiene y ha tenido siempre con esta Real Academia.

En realidad, la proyección de Eduardo en la ciudad de Sevilla era, como es sabido, de tal amplitud, pero sobre todo de tal calidad humana, que no conozco a nadie que no lo tuviese como un perfecto caballero y un hombre de bien. Cosa no ya difícil, sino casi imposible en un lugar de tantas y tan afiladas aristas y de tantos y tan refinados disimulos. Sólo una rectitud moral

como la suya y una bondad natural a prueba de envidias y resentimientos pueden explicar que su persona traspasara los más duros trances sin perder su solvencia ética y su justificada imagen de hombre cabal. Abogado en ejercicio, hubo de lidiar con muy complicados asuntos no siempre gratos. Cristiano comprometido con su fe, se implicó de lleno en el mundo de las cofradías, pero también en labores asistenciales de la Iglesia, en difíciles aventuras editoriales y en mil cosas más que demostraron hasta qué punto fue siempre fiel, sin alardes pero sin complejos, a un sistema de creencias al que se entregó con total disponibilidad. Nunca le oí, sin embargo, una palabra de reproche a quienes no pensaban como él. Respetuoso con aquéllos cuyas creencias no compartía, tampoco le oí nunca argumentar *ad hominem*. Con velada elegancia podía criticar ideas pero era siempre contenido en sus juicios sobre las personas.

Si comienzo esta intervención mía hablando de su persona antes que de su obra de publicista, que es el cometido que se me ha asignado en este acto, es porque el peso de su dimensión humana fue, en su caso, predominante sobre cualquier otra faceta de su personalidad. Sus perfiles de hombre de bien los detecté en los primeros momentos de incorporarme a esta Academia como electo en el mes de abril del año 1991. Él llevaba ya algunos años como Director, y a su lado, dedicado intensamente a la marcha de la Academia, figuraba el también inolvidable Enrique de la Vega Viguera, nuestro “coronel”, como cariñosamente le conocíamos. Entre ambos llevaban el peso principal de esta Casa, afanados los dos, en fraternal amistad, en el día a día de una corporación que exigía, entonces como ahora, constante dedicación y no pocos esfuerzos. Pronto el respeto que mutuamente nos profesábamos desde el primer momento se convirtió en una amistad alimentada y acrecentada en el curso de los años en las tareas que acometíamos juntos: cursos y ciclos de conferencias, lecturas poéticas, y tantas cosas más, y sobre todo el entusiasmo compartido por dinamizar la Academia y darle proyección sobre la vida cultural de Sevilla. Consciente de la rica variedad de personas y de saberes que la Academia atesoraba, Eduardo sabía, siempre con exquisita elegancia, asignar a cada uno el cometido que consideraba más acorde con sus cualidades.

Trabajando a su lado, ya como Secretario de la Academia, tuve el privilegio de comprobar no sólo su entusiasta dedicación sino también su condición de persona cabal y amigo fiel. Como he escrito en otro momento, Eduardo no respondía en absoluto al falso estereotipo del sevillano fraguado por el pintoresquismo. Era, por el contrario, uno de esos sevillanos de honda vida interior y finura de espíritu, sobrio en el vestir, austero en sus costumbres, respetuoso y elegante con los demás y muy implicado en las causas más nobles de nuestra ciudad: en Cáritas Diocesana, en las hermandades del Silencio y de la Caridad, en el Tribunal Tutelar de Menores o en la obra del antiguo Monte de Piedad. Presidió también en algún momento la Editorial Sevillana, editora de *El Correo de Andalucía* y fue cofundador del Club La Rábida de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, que tanto dinamizó la vida cultural de Sevilla en las décadas centrales del pasado siglo.

En mis muchos años de colaboración con él en la marcha de esta Academia, donde tuve el honor de sucederle como Director, lo vi actuar siempre con gran temple y serenidad, cortés en el trato y libre de agobios y de prisas, con un aire de cercana humanidad que traslucía su extraordinaria bondad natural. Fue para mí no ya un verdadero amigo, sino una referencia en la que mirarme a lo largo de mis tres mandatos al frente de esta corporación.

Pero más allá de su rica condición humana, hoy quisiera ponderar también sus valores como hombre de cultura y como publicista. Comenzando por la bibliofilia, ámbito en el que Eduardo llevó a cabo una valiosísima labor custodiando, ordenando, engrandeciendo y poniendo al alcance de lectores y estudiosos los fondos de una gran biblioteca que él recibió de manos de su padre y que, en coherencia con ese mismo espíritu, ha traspasado a las de sus hijos, prestando así un gran servicio al perfil cultural de Sevilla. Nuestra ciudad, cuna de grandes bibliotecas, no siempre ha podido o ha sabido conservarlas y transmitir las como es debido. Algunas, como la valiosísima del marqués de Jerez de los Caballeros y de su hermano el duque de T'Serclaes, se fueron a tierras lejanas. Otras, por desgracia, se perdieron o se dispersaron tristemente. Ésta de Eduardo, tan rica en datos sobre la Sevilla de los siglos XIX y XX, continúa por fortuna pres-

tando sus ricos servicios a cuantos los requieren. Sevilla debe a Eduardo, también por eso, absoluta gratitud. En sus anaqueles están por ejemplo, los datos notariales de la familia Bécquer, o la correspondencia de don Juan Valera con el ingenioso doctor Thebusen, y tantos y tantos documentos de mucho valor.

Y puedo dar fe personal de que Eduardo y sus hijos los han puesto con todo desinterés al alcance de los investigadores. De ahí proceden, por citar sólo algunos ejemplos conocidos por mí, una buena parte de las cartas de Valera publicadas por mi colega y amigo Leonardo Romero Tobar, catedrático de la Universidad de Zaragoza, en la Biblioteca Castro; o muchas de las noticias recogidas por el investigador francés Olivier Piveteau en su extraordinario estudio sobre las leyendas creadas en torno a la figura de don Miguel Mañara. A muchos investigadores les oigo con frecuencia decir que ese raro ejemplar de un libro único del que hacer un facsímil sólo lo tiene don Eduardo, o que en sus viejas escrituras notariales es donde únicamente se pueden encontrar datos preciosos de una testamentaria indispensable para aclarar la vida de una familia. Todo un exponente de la singularidad del patrimonio que atesora. En la ya rica tradición de los bibliófilos sevillanos, Eduardo Ybarra, celoso cultivador también él mismo de su propia biblioteca, merece, como digo, la gratitud de nuestra ciudad. No todos los propietarios de grandes bibliotecas han sido conscientes como él de que el tesoro a ellos encomendados no era tanto un derecho de propiedad como un bien generosamente ofrecido al mundo de la cultura. No todos, por desgracia, han tenido su misma sensibilidad.

Pero Eduardo Ybarra no se limitó, como digo, a ofrecer su biblioteca a los demás. La vivió él mismo, extrayendo de ella preciosos materiales para sus propias publicaciones, que fue desgranando en el curso de los años hasta dejarnos un legado que hoy conservamos como la mejor de sus herencias. Sin ánimo de exhaustividad, bastaría recordar sus estudios sobre la genealogía de la familia de Gustavo Adolfo Bécquer, que primero le oí personalmente en Lucena, lugar de origen de la madre del poeta. O sobre la escritora “Fernán Caballero”, vinculada, al igual que Eduardo, a la familia Osborne del Puerto de Santa María. O su excelente discurso de ingreso en esta Casa sobre el retablo de la

iglesia de la Caridad. Decisivas fueron también sus indagaciones sobre la misma familia Ybarra, con una biografía del primer marqués del Nervión y un libro sobre todos los miembros de esa familia tan significada en la vida industrial, económica y cultural de Sevilla desde el siglo XIX. También los dedicados a la familia Pinelo, constructores del edificio en el que ahora nos encontramos. O sus palabras de elogio a don Javier Benjumea y Puigcerver, Académico de Honor de esta corporación, con motivo de su muerte.

Bajo el título genérico de *Sevillanías*, y en varios volúmenes sucesivos, fue dando a conocer interesantes datos sobre sucesos y personajes de la ciudad que él había estudiado o incluso conocido y tratado de primera mano. De ahí sus “apuntes” sobre la figura del canónigo don José Sebastián y Bandarán, Director de esta Academia a lo largo de muchos años y personaje angular en la vida sevillana de la primera mitad del siglo XX, del que Eduardo fue amigo y albacea testamentario. O sobre Miguel Mañara y su suegro. O los genoveses en Sevilla... y tantos y tantos artículos misceláneos que, considerados en su conjunción, son indispensables para los historiadores de nuestro tiempo.

Creo que bastan estos apuntes para constatar que nuestro Académico Preeminente vivió una vida colmada en lo personal, ética y generosa en la relación con los demás y muy fructífera en el plano cultural. Tardé muchos años en tratarlo personalmente, pero cuando al fin lo hice entre los muros de esta Casa, puedo decir sin hipérbole alguna que fue un privilegio contar con su amistad y recibir su legado de hombre honrado y de hombre de cultura. Todo un lujo para esta Academia casi tricentenaria que hoy lo recuerda como uno de sus más valiosos patrimonios.

